

Casa, pan, bienestar, luz, alegría, cuanto Dios repartió sin restricciones. Los ojos de dolor y de agonía no se agotan con luchas ni presiones.

¡Redención! Con amor puede lograrse. ¡Liguidad! Con amor a nadie espanta. ¡Libertad! Con amor debe enseñarse. ¡Fraternidad! Con el amor, encanta.

Y si á impulsos de amor santo y divino devolvéis al obrero lo que os sobra, las flores cubrirán vuestro camino y El gran burgués bendecirá el obra!

SERVANDO CAMÓNEZ

CUENTO

EL VELO DE LA VIUDA

Sonó el timbre, se detuvo el tranvía y una mujer hermosísima subió á la plataforma.

Tendría veinticinco ó veintiséis años. Sus ojos eran oscuros, su tez blanca, sus labios rojos, su nariz recta, su barba redonda y partida por un hoyuelo encantador. Ni alta ni baja, esbelta con esbeltos de estatura griega, airosa con airoosidades de mujer andaluza, inspiraba su imagen desseo y respeto á la vez. Iba sola, trajeada de luto. Indudablemente, una viuda. Así parecían indicarlo dos alianzas de oro reunidas en el dedo anular de su mano izquierda, desengañada, y el ancho velo de crespón que flotaba sobre sus hombros, como una nube negra sacudida por el viento de Octubre.

Cuantos sujetos masculinos estábamos en la plataforma y dentro del coche fijamos una mirada codiciosa en la gentil viajera. El mismo cobrador quedó estático: con la boca de par en par y los ojos á punto de escapársele de las órbitas, hasta creo que dejó de cobrar el billete á dos ó tres personas. No le regañó el jefe de la compañía. Un cobrador es un hombre, y hay momentos en que los hombres lo olvidan todo. Yo mismo olvidé que estrenó tres obras este año, y de que el respetable público puede silbarlas si así lo considera oportuno, y no aplaudirlas, como yo para mi vanidad y para mi triste desseo. Si, me olvidé de ésto en absoluto. ¡Calculen ustedes si sería guapa la viuda!

Ella no se fijaba en nadie. Recostada contra uno de los vidrios de la plataforma, bajos los ojos y grave la actitud, daba vueltas entre sus manos á un libro de rezos con cantoneras de oro. Quizá pensase en que otras veces subió al mismo tranvía junto al hombre por ella adorado; quizás en los desamparos de la viudez; quizás... ¡cualquiera sabe en qué ira pensando la hermosa criatura!

Ni sonó el timbre ni el vehículo se detuvo. Fue aquélla como una aparición. El tranvía, que marchaba á toda velocidad, se vio asaltado por un hombre alto, robusto, en toda la plenitud del vigor y de la belleza varonil. Sus pies se atorntonaron á la plataforma con atlético poderío, osciló su cuerpo un instante, uno sólo, y luego paró firme, sin más apoyo que el de su propia fortaleza.

Era un hombre hermoso (hablo desinteresadamente, ¿eh?) Antinos con levita y sombrero de copa. En su rostro moreno brillaban dos ojos grandes y dominadores; sobre sus labios voluntariosos se izaba un espeso bigote negro. Marcábanse contra la ajustada levita los anchos pectorales y el musculoso bíceps, y crujían los guantes al menor movimiento de su aristocrática mano; el cabello rizado se escapaba con tímidas pretensiones de melenas por entre las alas del sombrero de copa. Tendría treinta y cinco ó treinta y seis años. Su cabeza era de artista, su cuerpo de soldado y su conjunto de gran señor.

También sus ojos se fijaron con admiración en la hermosa mujer enlutada; pero tuvo más suerte que los restantes admirados: los ojos de ella estaban fijos en los de él. Aquella doble mirada fué algo así como el saludo de los poderes

que se encuentran. La hembra bajó la vista; el macho la mantuvo quieta sobre el hermosísimo rostro.

¿Ven las mujeres cuando no miran á quienes las contemplan? ¡Sienten, al menos, que son miradas, aunque fijen en el suelo la vista! Una de estas dos cosas, ó las dos, deben ocurrir; porque ante la contemplación insistente del caballero fueron coloreándose las mejillas de la dama; su pecho se alzaba y se deprimía con nerviosa respiración; no había en su frente la tristeza que la nublara minutos antes; y el gesto triste de su boca iba convirtiéndose poco á poco en un preludio de sonrisa...

El segundo mirándola, mirándola siempre... Los párpados de ella se abrazaron despacio, muy despacio, y sus pupilas negras volvieron á clavarse en el rostro de su admirador. Aquella ojada fué más larga que la primera, como fueron mayores después el rubor de sus mejillas, la agitación del pecho, la serenidad de la frente, el fruncimiento risueño de la boca y la nerviosidad de las manos que daban vueltas y más vueltas al libro de rezos, una de cuyas cantoneras, tropezando con el dedo anular de la dama, separó las dos alianzas ceñidas á él.

Á la segunda mirada siguió otra, y luego otra y otra en seguida. Sin querer, sin darse cuenta de ello, la mujer y el hombre fueron aproximándose; atraídos por simpatía mutua.

El brazo del hombre se apoyó, sin darse cuenta de ello, en el flotante velo de crespón, sujetándolo contra el freno eléctrico; y una mirada más larga, más luminosa que las anteriores, cruzóse de nuevo entre aquellos soberbios ejemplares de las dos bellezas humanas.

Arrancó el tranvía bruscamente después de una parada, fuese la mujer hacia delante; y el velo de crespón, sujeto al freno eléctrico por el brazo del hombre, dió un crujido angustioso, rasgándose casi del todo, por la mitad.

—¡Qué torpe soy!...—exclamó el caballero.—¡Le he roto á usted su velo! Perdóne usted, señora.

—¡Perdonar!—repuso ella.—Eso no vale nada. No hay de qué.

Y sus ojos volvieron á encontrarse; y cuando los labios de él terminaron una excusa, los de ella dibujaron una sonrisa...

El tranvía se detuvo. Bajó la dama. Tras de ella bajó el caballero.

Ella echó á andar delante; detrás, él. La hermosa enlutada volvió un momento la cabeza y siguió andando, mientras el velo roto flotaba sobre sus hombros como una nube negra sacudida por el viento de Octubre y rasgada por un rayo de sol...

JOAQUÍN DICENTA.

INFLUENCIA DE LA LLUVIA

La pasada sequía, que comprometía las cosechas en una buena parte de Europa, pone sobre el tapete la cuestión de si es ó no decisiva la influencia que la lluvia ejerce.

Un observador, M. Wills, ha comprobado que en el Sur de Australia, á 470 milímetros de lluvia, durante la época de crecimiento de la planta, corresponde una cosecha de 450 litros de trigo. Esta cosecha baja á 363 litros si la lluvia no pasa de 439 milímetros; y descendiendo aún más, á 230 litros, si la lluvia no es superior á 343 milímetros.

Otro observador, Rawson, afirma que se puede calcular aproximadamente la cantidad de azúcar que se recolecta en las islas Barbadas, si se conoce la altura de la lluvia caída en el año precedente á la recolección.

Maxwell Hall ha observado que 1425 milímetros de lluvia por año corresponden en la Jamaica á 1441 barricas de azúcar por acre, mientras que 2.004 milímetros dan 1.559. Esta diferencia produce 100.000 pesos más en valor de la cosecha de la isla.

El meteorologista americano Clayton, acaba de publicar un estudio, en el que examina las cantidades de agua llevadas por año en el valle del Ohio y en el valle

del Missisipi, que son los grandes centros agrícolas de Norte América. Comparando los datos, prueba que á una sucesión de algunos años de déficit de lluvia, correspondiendo siempre una crisis comercial ó de negocios muy evidente. Así, las crisis de 1837, 1857, 1873 y 1893, que se sintieron especialmente en América, se acaecieron después de tres á cinco años de escasez de lluvia.

Verdad es que los economistas han señalado otras causas á las diferentes perturbaciones en los negocios; pero la verdadera causa, según Clayton, se halla en la mayor ó menor cantidad de lluvia. En efecto: ésta es el principal factor para las cosechas de cereales. La abundancia de cereales lleva consigo una baja en el precio de las sustancias y, por consiguiente, bienestar en las poblaciones. Y al contrario, la carestía produce las crisis económicas y sociales.

También las alternativas de sequías y de períodos húmedos influyen en los asuntos públicos. El autor demuestra que los grandes movimientos políticos en los Estados Unidos y en otros países se manifiestan siempre después de una sucesión de años secos. Fácilmente se explica esa circunstancia.

Un partido político que se halle en el poder durante un período de malas cosechas fatalmente presentará una crisis en los negocios, el pueblo le hará responsable del daño y se agitará en las elecciones. Por el contrario, el partido que se halle en el Gobierno durante un período normal en lo concerniente á la lluvia, presentará un bienestar comercial, y se apoyará en esto para que su gestión sea estimada. De las conclusiones de M. Clayton podrá desearse que tienen muchísimo de Pero Grullo; pero tal es el carácter de las verdades elementales.

Crónica

Toda la Prensa ha reproducido del *Heraldo* un suelto, que dice al tenor siguiente:

«Con motivo de la representación de *Los granujas*, un joven artesano que, como el personaje de la zarzuela, tenía abandonada á la mujer seducida y á su hijo, conmovido por el espectáculo teatral y ateniéndose al desenlace, ha reconocido al fruto de sus amores ilegítimos y se ha casado con la mujer engañada, que hace pocas noches entró en el cuarto de Loreto bendiciendo la eficacia moralizadora de las obras teatrales.»

Pues bien; ese suelto es un alegato luminoso en pro de los que sostienen la gran misión civilizadora del Arte, los fueros que le son anejos. La frase tan gloriosa de Leibnitz «el dueño de la educación es el dueño del mundo», puede hacerse extensiva á todas las manifestaciones estéticas de que los hombres son capaces. Pintar un cuadro es tan útil como apuntar el diseño de una máquina; bastar el biseño de piedra hasta convertirlo en estatuá, ó trazar un gesto verbal; imperativo y fecundo sobre el horizonte moral de los pueblos, no es menos práctico que pasear la reja del arado sobre la superficie de los campos ó trocar mercancías por oro entre los más extrañados confines del planeta...

La contemplación es cosa noble y bella; llegaré á decir que el ensueño es una poderosa herramienta de creación y nuestro padre Hugo lanzó al mundo una ingente vadera cuando dijo que en los momentos peligrosos de la Historia los hombres que se llaman prácticos deben ceder su puesto á los soñadores, porque todo el porvenir está encerrado en esta admirable palabra alada: Ideal...

Ciertamente, la poesía, según el decir de Bandelaire, no puede, bajo pena de muerte ó de bancarrota, asimilarse á la ciencia ó á la moral; pero cierto también que en la composición del talento de los señores Arniñes y Jackson no entran los dones poéticos como cualidad primordialísima.

El Arte no es moral ni inmoral, en suma; es sencillamente amoral. Pero siendo su finalidad la belleza, de ella se derivan, como rigurosos colorarios, lo verdadero y lo bueno. Y si en una pieza de urdimbra tan acomodaticia como á la que se refiere el suelto transcrito del *Heraldo* puede un pecador hallar su camino de Damasco, qué no ocurrirá con las obras fieras del ingenio humano, que, arrogantes y de pia, macizas como eminencias geológicas, forman la cordillera intelectual de nuestro planísimo habitáculo terrestre?

Yo veo el origen de esa conversión á la hombría de bien, mejor que en la ética de *Los granujas*, en la interpretación portentosa que ha sabido dar á la obra la inadjetivable Loreto Prado.

De la muy donosa actriz no se habrá dicho nada que guarde relación con el misterio de sus dones en tanto que no se haya penetrado en el abecedario íntimo de la magia y la taumaturgia. Que obra de milagrería es, viviendo condenada á traducir en ademanos y vocablos un repertorio de imbéciles, ser aclamada y acatada como la más meritoria actriz de nuestros días. De Esopo se sabe que hizo hablar á los animales. Más poderosa la mujer de que me ocupo, de ella podrá decirse que hizo aparecer como artistas de las letras á hombres para quienes aun la calificación de «artesanos» todavía me parece excesiva, por lo que tiene de elogiosa.

Pasará el tiempo y resurgirán nuevos soles de victoria para Loreto. Acaso, como es mi deseo, trueque las tablas de los escenarios modestos que hasta ahora han servido de pedestal á sus donaires por otras más acomodadas á su fama, á la magnífica amplitud de su talento. Pero seguramente que no olvidará nunca la hermosa proeza de su vida á que sirven estas líneas de modestísimo comentario: cuando vió aparecer en su minúsculo camerino del teatro Cómico á la alborazada mujer que debía á uno de sus soberanos gestos de actriz la constitución de su hogar y la reivindicación de su honra, y que las frases de la redimida continuaron sonando en el pecho de la redentora constantemente, perennemente, mejores y con mayores vibraciones que la más hermosa canción de gloria.

ALEJANDRO SAWA.

VELADA ARTÍSTICA

Nuestro muy querido amigo el ilustrado jefe de reparaciones de la sección telefónica de Ciudad Real D. Juan Francisco Moya, preparó anoche en su domicilio á un redunido círculo de amigos suyos las delicias de una velada artístico-musical de carácter, como decimos, puramente íntimo. Su hija Margarita, que á sus pocos años y á su belleza incomparable une todas las felices condiciones de una gran artista, de ser una verdadera notabilidad en ese dulce, armonioso y sentimental instrumento que se llama la guitarra y que tanto adorna y luce en las manos de la mujer que sabe arrancarle sus maravillosas notas, se ofreció á nosotros sacrificando su sin igual modestia con todo el esplendor de su hermosura, tomando en obsequio nuestro y con apostura sumamente elegante la mágica guitarra.

Era además una garantía de que se iba á hacer y oír música que puede pedirse á su belleza, la presencia del gran profesor señor Valencia (D. Pablo), íntegro en la provincia, conocido y alabado en varias de España y maestro de la bella Margarita.

Para no extender más en consideraciones, bastará por dar idea á los inteligentes en música y guitarra la exposición del programa de obras, cuya interpretación escuchamos en medio del mayor entusiasmo que habíase escuchado en la magnitud del concierto.

Escuchamos sucesivamente: Duce de concertante para dos guitarras sobre un tomo de Himel, por el profesor señor Valencia y su discípula señorita Margarita Moya, que bordaron la obra musical difusísima, resultando una verdadera filigrana, entusiasmando á los concurrentes. El señor Valencia interpretó además «El Anillo de Hierro» serenata española de Albeniz, «Cavatina Róica» de Herzani, fantasia